

—¿Quién es ese hombre?—preguntó bruscamente el emperador, —¿y qué ha hecho?

—Quiere hacer una cosa, señor.

—¿Cuál?

—Visitar las alcantarillas de París.

Este hombre existía, y se llamaba Bruneseau.

IV

PORMENORES IGNORADOS

Verificóse la visita. Fué una formidable campaña; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia. Fué al mismo tiempo un viaje de exploración. Una de las personas que asistieron, obrero inteligente, muy joven á la sazón, refería aún, hace algunos años, los curiosos pormenores que Bruneseau creyó deber omitir en su informe al prefecto de policía, como indignos del estilo administrativo.

Los procedimientos desinfectantes estaban todavía en aquella época muy á los principios. Apenas Bruneseau hubo pasado las primeras articulaciones de la red subterránea, cuando de veinte trabajadores, ocho se negaron á seguir adelante.

La operación era complicada; para hacer la visita era preciso ir limpiando; había, pues, que limpiar y fijar cada punto al mismo tiempo. Había que anotar los desagües, contar las rejillas y las bocas, ir señalando los empalmes, indicar las corrientes en los puntos de división, reconocer las circunscripciones respectivas de los varios depósitos, sondear los pequeños albañales que están como injertados en el principal, medir la altura de cada pasillo y el ancho, lo mismo en el arranque de la bóveda que en el zampeado; de-

terminar, en fin, las ordenadas de la nivelación de cada desagüe, sea desde el zampeado de la alcantarilla, sea desde el piso de la calle.

Adelantábase penosamente y más de una vez las escalas de descenso se sumergieron en una vara de fango. Las linternas agonizaban en los miasmas. De tiempo en tiempo había que llevarse á un pocero desmayado. Tropezábase en algunos parajes con un precipicio, y era que el suelo se había hundido, que el embaldosado había venido abajo, transformándose el albañal en pozo con el fondo de arena. No se encontraba el punto sólido; y habiendo desaparecido bruscamente un hombre, costó mucho sacarle. Por consejo de Fourcroy, se encendían de trecho en trecho, en los lugares suficientemente saneados, grandes cestas llenas de estopa empapada en resina. La pared, de vez en cuando, estaba cubierta de excrecencias disformes que pudieran llamarse tumores, pues hasta las piedras parecían enfermas en aquel sitio sin ventilación.

Bruneseau procedió en su exploración de arriba abajo. En el punto divisorio de las dos cañerías del Grand-Hurleur, consiguió leer en una piedra saliente esta fecha: 1550. Era el límite donde se había detenido Filiberto Delorme, encargado por Enrique II de visitar el muladar subterráneo de París. Aquella piedra señalaba el siglo xvi en la alcantarilla. Bruneseau descubrió la mano de obra del siglo xvii en el conducto del Ponceau, y en el de la calle vieja del Temple, cuyas bóvedas se habían construido entre 1600 y 1650; y la mano de obra del siglo xviii en la sección al Oeste del canal colector, encajonada y abovedada en 1740. Estas dos bóvedas, sobre todo la menos antigua, la de 1740, estaban más rajadas y decrépitas que la mampostería del albañal del centro, construido en 1412, época en que el arroyo de

agua de Menilmontant fué elevado á la dignidad de alcantarilla principal de París, ascenso análogo al de un aldeano que fuese nombrado primer ayuda de cámara del rey; Gros-Jean convertido en Lebel.

Creyóse reconocer acá y allá, en particular bajo el palacio de Justicia, alvéolos de antiguos calabozos, practicados en la misma alcantarilla. Horribles *in pace*. Una argolla de hierro colgaba de uno de esos alvéolos. Se les cerró á todos con paredes. Entre las cosas que se hallaron, las había rarísimas; por ejemplo: el esqueleto de un orangután que desapareció del Jardín Botánico en 1800, desaparición probablemente relacionada con la famosa é incontestable aparición del diablo en la calle de los Bernardos, el último año del siglo xviii. El pobre diablo concluyó ahogándose en la alcantarilla.

Debajo del largo pasillo cimbrado que conduce á Arche-Marion, se encontró una canasta de traperos, muy bien conservada, que dejó admirados á los inteligentes. Por todas partes el cieno que los poceros habían ido á manejar con singular arrojo, abundaba en objetos preciosos, en alhajas de oro y plata, en pedrerías y monedas. Un gigante que hubiese hecho pasar por el tamiz aquella cloaca, habría acumulado la riqueza de los siglos. En el punto divisorio, los dos empalmes de la calle del Temple y de la calle de Saint-Avoye, se recogió una medalla hugonota de cobre, que tenía en una cara un cerdo con birrete de cardenal y en la otra un lobo con la tiara en la cabeza.

El hallazgo más sorprendente fué á la entrada de la alcantarilla principal. Esta entrada se había cerrado en otro tiempo con una reja de que sólo quedaban los goznes. De uno de los goznes pendía una especie de harapo informe y sucio que, sin duda, detenido allí al caer, flotaba en la sombra y acababa

de hacerse trizas. Bruneseau acercó la linterna y lo examinó. Era finísima batista y se distinguía en una de las puntas, menos gastada que las demás, el resto de una corona heráldica, con estas siete letras bordadas encima: LAVBESP. La corona era de marqués y las siete letras significaban *Laubespine*. Se vino en conocimiento de que se tenía á la vista un pedazo del sudario de Marat.

Marat, cuando joven, había corrido sus aventuras amorosas; sobre todo, mientras formaba parte de la casa del conde de Artois, como veterinario. De esos amores con una señora principal, históricamente comprobados, le había quedado aquella sábana; si en calidad de desperdicio ó de recuerdo, lo ignoramos. Cuando fué muerto, como era el único lienzo fino que había en su casa, se le enterró envuelto en él. Las viejas amortajaron al trágico Amigo del pueblo en la sábana, teatro un día de sus voluptuosidades. Bruneseau pasó adelante. Dejose el harapo donde estaba, sin tocarle siquiera. ¿Fué desprecio ó respeto? Marat merecía ambas cosas. Además de que el destino había impreso allí su sello suficientemente y no debía mezclarse ninguna mano extraña. Por otra parte, debe dejarse á las cosas del sepulcro el sitio que eligen. En suma, la reliquia era singularísima. Una marquesa había dormido allí, y Marat, envuelto en ella, pasó por el Panteón para ir á servir de pasto á las ratas de la alcantarilla. Aquel andrajo de alcoba, cuyos pliegues hubiera dibujado en otro tiempo alegremente Watteau, había concluído por ser digno de que en él se fijase la mirada de Dante.

La visita total del muladar de París duró siete años, desde 1805 hasta 1812. De paso, Bruneseau proyectaba, dirigía y ponía fin á trabajos considerables; en 1808 bajó el zampeado del Ponceau, y creando en todas partes nuevas líneas, hizo avanzar la

alcantarilla en 1809, por debajo de la calle de San Dionisio hasta la puerta de los Inocentes; en 1810 por debajo de la calle de Froidmanteau y de la Salpêtriére; en 1811 por debajo de la calle nueva de los Petits-Pères, de la del Mail, de la de Echarpe, de la Plaza Real, y en 1812 por debajo de la calle de la Paz y de la calzada de Antin. Al mismo tiempo hacía desinfectar y sanear toda la red. Desde el segundo año, Bruneseau se proporcionó un auxiliar en su yerno Nargaud.

De este modo la vieja sociedad limpió, á principios de este siglo, su fondo interior, y vistió de gala su alcantarilla. El aseo ganó en ello.

Tortuoso, lleno de grietas, desempedrado, cuarteado, cortado de hondonada, zangoloteado por codos extraños, subiendo y bajando sin lógica, fétido, salvaje, feroz, sumido en obscuridad, con cicatrices sobre sus baldosas y cuchilladas en sus paredes, espantoso; tal era, visto retrospectivamente, el antiguo albañal de París. Ramificaciones en todos sentidos, cruzamientos de zanjas, empalmes, patas de ganso, estrellas, como en las zapas, *cæcums*, callejones sin salida, bóvedas salitrosas, sumideros infectos, rezumos cayendo de los techos, tinieblas; nada igualaba al horror de esa antigua cripta exuptoria, aparato digestivo de Babilonia; antro, foso, abismo atravesado de calles, ratonera titánica donde el espíritu creía ver vagar, en medio de la sombra, entre inmundicias que fueron esplendor, ese enorme topo ciego: lo pasado.

Esto, lo repetimos, era en otro tiempo.

PROGRESO ACTUAL

Hoy la alcantarilla está limpia, fría; sus líneas son rectas, su estilo es correcto. Casi realiza el ideal de lo que se entiende en Inglaterra por la palabra «respectable». No se aparta de las reglas, tiene el color parduzco, hállase tirada á cordel; íbamos á decir que está de veinticinco alfileres. Aseméjase á un proveedor convertido en consejero de Estado. Se ve en ella casi claro. El fango se porta con decencia.

A primera vista se la tomaría por uno de esos corredores subterráneos tan comunes en lo antiguo y tan útiles para las fugas de los monarcas y de los príncipes, en aquel buen tiempo «en que el pueblo amaba á sus reyes».

La alcantarilla actual es hermosa; reina en ella el estilo más puro; el alejandrino clásico rectilíneo que, expulsado de la poesía, parece haberse refugiado en la arquitectura, como que quiere mezclarse en todas las piedras de esa larga bóveda tenebrosa y blanquecina; cada abismo es una arcada; la calle de Rivoli es artística hasta en la cloaca.

Por lo demás, en ninguna parte está más en su lugar la línea geométrica que en la zanja que recibe

el estiércol de una gran ciudad. Allí todo debe subordinarse al camino más corto.

La alcantarilla ha tomado hoy cierto aspecto oficial. La misma policía, en sus informes, no le falta al respeto. Las palabras que la caracterizan en el lenguaje administrativo son dignas y elevadas. Lo que antes se llamaba tripa, se denomina hoy galería; lo que antes llevaba el nombre de agujero, hoy lleva el de atabe. Villón no conocería ya su antigua morada, *in extremis*. Esa red de subterráneos tiene siempre, se supone, su inmemorial población de roedores, más numerosa que nunca; de vez en cuando una rata vieja asoma la cabeza por la alcantarilla y examina á los parisienses; pero aún esa inmundicia se domestica, encontrándose satisfecha de su abovedado palacio.

No queda nada á la cloaca de su primitiva ferocidad. La lluvia, que emporcaba el albañal antiguo, lava el moderno. Sin embargo, no hay que fiarse demasiado. Los miasmas lo habitan aún. Es antes hipócrita que irreprochable. Por más que se empeñe la prefectura de policía y la Junta de sanidad, á pesar de todos los procedimientos empleados, exhala siempre cierto olorillo vago y sospechoso, como Tartufo después de la confesión.

Preciso es convenir, no obstante, en que, como la limpieza es un homenaje que el albañal tributa á la civilización, y como, bajo este punto de vista, la conciencia de Tartufo es un progreso, si se compara con el establo de Augias, la alcantarilla de París ha mejorado.

Es más que progreso; es una transformación. Entre la antigua alcantarilla y la actual, media una revolución. ¿Quién ha hecho esta revolución?

El hombre á quien todos tienen olvidado y que acabamos de nombrar: Bruneseau.